

I. HISTORIA DEL CONCEPTO DE «CIVILITÉ»

1. La antítesis decisiva en la que se expresa la autoconciencia occidental durante la Edad Media es la antítesis entre cristianismo y paganismo o, dicho con mayor exactitud, la antítesis entre el cristianismo romano-latino de una parte y el paganismo y la herejía de la otra (comprendiendo aquí a la cristiandad griega-oriental)¹.

La sociedad europea occidental llevó a cabo sus guerras coloniales y expansivas en nombre de la cruz durante la Edad Media, como más tarde lo haría en nombre de la civilización. Y, a pesar de toda la secularización, en esa consigna de la civilización resuena un eco de aquella idea latina de la cristiandad y de las cruzadas caballeresco-feudales. No se ha desvanecido el recuerdo de que la caballería y la fe romano-latina son testimonios de una cierta etapa de la sociedad occidental, una etapa que todos los grandes pueblos del Occidente han recorrido por igual.

El concepto de *civilité* alcanzó su significado para la sociedad occidental en aquella época en que se rompió la sociedad caballeresca y la unidad de la Iglesia católica. El término es encarnación de una sociedad que, en su calidad de etapa en la evolución, en su calidad de matriz para la configuración específica de las costumbres occidentales o de la «civilización» fue tan importante como antes lo había sido la sociedad feudal. También el concepto de *civilité* es expresión y símbolo de una formación social que abarca a las más diversas nacionalidades y en el que se habla un lenguaje común, como en la Iglesia, primeramente el italiano y, luego, el francés. Estas lenguas realizan la función que hasta entonces había realizado el latín; en ellas se manifiesta la unidad de Europa sobre una nueva base social y, al propio tiempo, la nueva configuración social de la sociedad cortesana que, en cierto modo constituye su espina dorsal. La situación, la autoconciencia y los rasgos característicos de esta sociedad son los que se manifiestan en el concepto de *civilité*.

2. El concepto de *civilité* consiguió su sentido y función específicos, a los que aquí nos referimos, en el segundo cuarto del siglo xvi. Su punto de partida individual puede determinarse con exactitud. El concepto recibe el significado especial, con el que lo asimiló la sociedad de la época, a partir de una obrita de Erasmo de Rotterdam, *De civilitate morum puerilium* que, evidentemente, trataba de un tema que estaba de moda, pues tuvo una muy amplia difusión en ediciones sucesivas. Hasta la muerte de Erasmo, es decir, en los seis años siguientes a su aparición, la obra se editó más de treinta veces². En conjunto, ha habido más de 130 ediciones, según nuestros datos, y, de ellas, 13 todavía en el siglo xviii. A su vez, la serie de traducciones, imitaciones y añadiduras constituyen legión. Dos años después de la aparición del escrito, se hizo la primera traducción inglesa. Cuatro años después de la primera edición, apareció en forma de catecismo y, por esa épo-

ca, empezó a implantarse ya como libro de escuela para los niños; siguieron una traducción alemana y otra checa y, en 1537, 1559, 1569 y 1613 aparecieron versiones francesas nuevas.

Según un trabajo de Mathurin Cordier, en el que se estudian las doctrinas de Erasmo paralelamente con las de otro humanista, Johannes Sulpicius, había un tipo especial de letra de imprenta en el siglo XVI, que recibía el nombre de *civilité*. Con este tipo de letra *civilité* se imprimió todo aquel género de libros que, de modo directo o indirecto, mostraban la influencia del de Erasmo y recibían títulos como *civilité* o *civilité puerile*³.

3. Como suele suceder en la historia de las palabras, y como pasó, también, con la transformación del concepto de *civilité* en el de *civilisation*, también aquí el impulso primitivo partió de un individuo. Con su obra, Erasmo dio nuevo filo y nuevo impulso a la palabra *civilitas*, conocida desde antiguo y utilizada con mucha frecuencia. Pero, tanto si Erasmo era consciente de ello como si no, lo cierto es que, evidentemente, estaba haciendo una formulación que correspondía a una necesidad social de la época. El concepto de *civilitas* se afianza a partir de entonces en la conciencia de las personas precisamente en aquel sentido especial que había recibido merced al contenido de la obra erasmiana. Se acuñaron, así, las palabras de moda correspondientes en los diversos idiomas nacionales, la francesa *civilité*, la inglesa *civility*, el italiano *civiltá* y también el alemán *Zivilität*, si bien ésta no arraigó con tanta fuerza como los términos correspondientes en las otras grandes culturas.

Un florecimiento tal, más o menos repentino, de palabras dentro de una lengua indica casi siempre transformaciones en la propia vida de los seres humanos, especialmente cuando se trata de conceptos que están destinados a permanecer en el centro de la actividad humana y a tener una vida tan larga como el que nos ocupa.

Seguramente que el propio Erasmo no concedió demasiada importancia en el conjunto de su obra a su breve escrito *De civilitate morum puerilium*. En la introducción asegura que el arte de formar a los jóvenes tiene diversas disciplinas, que la *civilitas morum* es solamente una de ellas y que no niega que sea *crassissima philosophiae pars* (la parte más grosera de la filosofía). La gran importancia que tiene esta obra no reside en que es un fenómeno aislado o un trabajo individual, sino que constituye un síntoma de una transformación y una materialización de unos procesos sociales. Lo que llama la atención de este escrito es su resonancia y la elevación de la palabra da su título a la condición de reflejo interpretativo de la sociedad europea.

4. ¿De qué trata la obra?

La consideración de su tema ha de hacernos comprender para qué se utilizaba el nuevo concepto y en qué sentido se hacía, puesto que tendrá que contener pistas de los procesos y transformaciones sociales que lo elevaron a la categoría de palabra de moda.

El libro de Erasmo trata de algo muy simple: de la conducta de las personas en la sociedad, especialmente (aunque no tan sólo) del *externum corporis decorum* (decoro externo del cuerpo). Está dedicado a un muchacho

noble, a un hijo de un príncipe, para su adoctrinamiento. Contiene pensamientos muy simples, expresados con gran seriedad y, al mismo tiempo, con bromas e ironía, en un lenguaje claro y preciso y con una envidiable exactitud. Puede decirse que ninguna de sus imitaciones ha alcanzado la fuerza, la claridad y el estilo peculiar de esta obra erasmiana. Cuando se la considera con atención puede verse tras ella un mundo y un tipo de vida que están muy cerca de los nuestros, sin duda, pero que, por otro lado, nos resultan completamente extraños, puesto que se refiere a actitudes que ya se han perdido y que muchos de nosotros seguramente consideraríamos «bárbaras» o, quizá, «incivilizadas». Gran parte del contenido del libro es hoy ya indecible, mientras que otra parte se ha convertido en algo perfectamente natural⁴.

Erasmus habla, por ejemplo, de la apariencia de las personas y da consejos para que otros aprendan; pero también son testimonios de la observación humana, inmediata y viva, que él mismo acostumbraba a practicar.

«*Siní oculi placidi, verecundi, compositi*», dice, «*non torvi, quodest truculentiae... non vagi ac volubiles, quod, est insaniae, non lim quod est suspiciosorum et insidias molientium...*»

Resulta difícil respetar el sentido de este pasaje en la traducción: los ojos muy abiertos son un signo de estupidez; la mirada fija es un símbolo de indolencia; la mirada muy penetrante indica una propensión a la ira; los desvergonzados tienen una mirada muy viva y muy elocuente; lo mejor es que la mirada muestre un ánimo reposado y una amistad respetuosa. No en balde decían los clásicos que los ojos son las ventanas del alma. *Animi sedem esse in oculis**.

La actitud corporal, los ademanes, la vestimenta, la expresión del gesto, todo ello es el comportamiento «externo» del que habla el escrito, expresión de la interioridad o de la totalidad del ser humano. Erasmus así lo cree y, de vez en cuando lo dice expresamente; «*Quamquam autem extemum illud corporis decorum ab animo bene composito proficiscitur, lamen incuria praeceptorum nonnunquam fieri videmus, ut hanc interim gratiam in probis et eruditibus hominibus desideremus*»**.

En las ventanas de la nariz no debe haber mucosidad alguna, continúa algo más adelante. El aldeano se suena con el gorro o con el faldón de la camisa; el salchichero, con el brazo o el codo. Tampoco es más correcto valerse de la mano y limpiarla luego en el traje. Lo más decente es recoger el moco en un pañuelo, a ser posible, haciéndose a un lado: «*Stropholis accipere narium recrementa, decorum*». Si, al sonarse con dos dedos, algo cayese al suelo, hay que eliminarlo con el pie de inmediato: «*Si quid in solum dejectum est emuncto duobus digitis naso, mox pede proterrendum est*». Lo mismo cabe decir de los esputos: «*Aversus expuito, ne quen conspuas asper-*

* La sede del alma está en los ojos.

** Aunque el comportamiento externo procede de un ánimo bien compuesto, suele suceder que, a causa de la falta de instrucción, lamentemos la ausencia completa de esta gracia en hombres honrados y cultos.

*gasve. Si quid purulentius in terram reiectum erit, pede proteratur, ne cui nauseam moveat. Id si non licet linteolo excipito».**

Con la misma minuciosidad infinita y con la misma naturalidad con las que se habla de estas cosas, cuya mera mención resulta chocante a los hombres «civilizados» posteriores, a causa de la distinta configuración afectiva de estos, se describe cómo hay que sentarse, cómo es preciso saludar; igualmente se habla de actitudes que nos resultan extrañas, como, por ejemplo, la de mantenerse sobre una sola pierna. Es imaginable, también, que muchos de los gestos extraños al caminar o al bailar que pueden observarse en las imágenes o estatuas medievales no solamente son atribuibles a la «manera» del pintor o del escultor en cuestión, sino que, en realidad, reflejan actitudes y ademanes que ahora nos resultan extraños pero que constituyen la materialización de una situación espiritual y emotiva distinta.

Cuanto más se profundiza en esta obrita de Erasmo, más claro va haciéndose el cuadro de una sociedad con formas de comportamiento que, en gran parte nos resultan próximas y en gran parte, también, nos son ajenas.

Veamos cómo deben sentarse las personas a la mesa: «*A dextris sitpoculum, et cultellus escarias rite purgatus, ad laevam panis*», dice Erasmo. La copa y el cuchillo bien limpio a mano derecha y, a la izquierda, el pan. Tal es la manera de disponer los cubiertos. La mayoría de los comensales suele llevar cuchillo, de ahí el precepto de que esté limpio. Apenas si hay tenedores o, en todo caso, solamente para servirse la carne de la bandeja. Los cuchillos y las cucharas suelen utilizarse conjuntamente muy a menudo. No siempre se dispone de un cubierto especial para cada comensal: si alguien te ofrece algo líquido, dice Erasmo, cátao y devuelve la cuchara tras haberla secado.

Cuando la carne se presenta en bandejas cada uno suele cortarse un trozo, tomarlo con la mano y depositarlo en su plato, si es que hay platos, si no se deposita sobre una gruesa rebanada de pan. La expresión *quadra* de que se vale Erasmo tanto puede referirse a una pieza de metal como a una rebanada de pan.

«*Quídam ubi vix bene consederint mox manus in epulas concijiunt*». Hay quienes meten la mano en la bandeja apenas se han sentado, dice Erasmo. Los lobos y los glotones hacen lo mismo. No te abalances el primero sobre la bandeja de la que se esté sirviendo. Sólo los campesinos meten los dedos en la salsa. No andes rebuscando en la bandeja; toma el trozo que tengas más a mano. Igual que es una falta de educación rebuscar en la fuente con la mano —«*in omnes patinae plagas manum mittere*»— tampoco es muy correcto dar la vuelta a la fuente para que te corresponda un trozo mejor.

«*Quod digitis excipi non potest, quadra excipiendum est*». Lo que no puedas tener en la mano deposítalo en tu *quadra*. Si alguien te ofrece un trozo de dulce o de pastel de carne con la cuchara, tómalo bien con tu *quadra* o bien coge la cuchara que se te ofrece, deposita el bocado sobre la *quadra*

* Escupe haciéndote a un lado para no ensuciar o rociar a nadie. Si cayera al suelo algo purulento, hay que eliminarlo con el pie, para que nadie sienta repugnancia. Si ello no fuera posible, sírvete de un pañuelo.

y devuelve la cuchara: «*Si quis e placenta vel artocrea porrexerit aliquid cochleari, aut quadra excipe, aut cochleare porrectum accipe, et inverso in quadram cibo, cochleare reddito*».

Como ya hemos dicho, tampoco los platos abundan. Las pinturas con escena de mesa de ésta o de épocas anteriores ofrecen siempre el mismo aspecto, algo insólito para nosotros y al que se refiere la obra de Erasmo; la mesa puede estar cubierta con ricos paños o no, pero siempre hay pocas cosas sobre ella: recipientes para beber, salero, cuchillos, cucharas, y eso es todo. A veces aparecen las rebanadas de pan y las *quadrae*, que en francés se llaman *tranchoir* o también *tailloir*. Todo el mundo come con la mano, desde el rey y la reina hasta el campesino y su mujer. Entre la clase alta, sin embargo, hay formas más refinadas. Debemos lavarnos las manos antes de las comidas, dice Erasmo. Pero apenas si hay jabón para este menester. En la mayoría de los casos, el comensal extiende las manos y un paje vierte algo de agua sobre ellas. A veces se mezcla el agua con manzanilla o romero para que sea aromática ⁵. En la buena sociedad no se meten las dos manos en la fuente, sino que lo más elegante es utilizar solamente tres dedos. Este es uno de los rasgos diferenciadores entre la clase alta y baja.

Los dedos se llenan de grasa. «*Dígitos uncios vel ore praelingere vel ad tunicam extergere... incivile est*», dice Erasmo. No es correcto chuparse los dedos o secárselos en la ropa.

A menudo se ofrece a los demás el vaso propio para que beban o beban todos de una jarra común. Erasmo recomienda: «Limpíate antes la boca». Pero también es frecuente que alguien muestre su aprecio hacia otro ofreciéndole de la carne que está comiendo en ese momento. «Es mejor no hacerlo», dice Erasmo, «no es muy correcto ofrecer a otro lo que uno tiene ya medio comido». Y, más adelante, añade: «Volver a mojar en la salsa un trozo de pan del que ya se ha mordido es de aldeanos y todavía es menos elegante sacarse de la boca los trozos masticados y depositarlos de nuevo sobre la *quadra*. Si no puedes tragar algo, vuélvete disimuladamente y échalo en alguna otra parte».

Más adelante sigue diciendo Erasmo: «Es conveniente que se hagan pausas durante la comida por medio de una conversación interesante. Algunos comen y beben sin parar, no porque tengan hambre y sed, sino porque no saben dominarse de otro modo y tienen que estar rascándose la cabeza, hurgándose entre los dientes, gesticulando con las manos o jugando con el cuchillo; o bien tosiendo, resoplando o escupiendo. En realidad, todo esto muestra la incomodidad que siente el aldeano y da la impresión de tratarse de una especie de locura».

Erasmo también considera necesario y conveniente referirse a otros temas: no te desnudes si no hay necesidad. «*Membra quibus natura pudorem addidit, retegere citra necessitatem, procul abesse debet ab índole liberali. Quin, ubi necessitas hoc cogit, lamen id quoque decente verecundia faciendum est.*»*

* Descubrir sin necesidad los miembros velados naturalmente por el pudor debe ser contrario al buen carácter. Y, si la necesidad obliga a ello, hay que hacerlo con sumo recato.

Algunos recomiendan, dice Erasmo, que el muchacho «*compressis natus venâis flatum retineat*»*; pero esto puede dar origen a enfermedades.

Y, en otro pasaje: «*Reprimere sonitum, quem natura fert, ineptorum est, qui plus tribuunt civilitati, quam saluti*»**. Vomita tranquilamente, siempre que tengas necesidad de ello: «*Vomiturus secede nam vomere turpe non est, sed ingluvie vomilum accersisse, deforme est*»***.

5. Con mucho detalle considera Erasmo en su obra el conjunto del comportamiento humano, especialmente los puntos álgidos de la vida social. Erasmo habla de las cosas más elementales con la misma naturalidad que utiliza en lo relativo a las cuestiones más sutiles del trato humano. En el primer capítulo habla de *decente ac indecente totius corporis habitu*; en el segundo, *de cultu corpori*; en el tercero *de moribus in templo*; en el cuarto *de conviviis*; en el quinto *de congressibus*; y en el sexto *de cubículo*****.

Tal es el conjunto de cuestiones con cuyo trato Erasmo dio nuevo impulso al concepto de *civilitas*.

No siempre nos resulta fácil retrotraernos a esta etapa anterior de nuestra propia historia. Hemos perdido la franca naturalidad con la que Erasmo y la gente de su tiempo acostumbraba a hablar de todos los aspectos del comportamiento humano; y, en muchos casos Erasmo tansgrede los límites impuestos por nuestro pudor.

Pero precisamente ésta es una de las cuestiones que aquí tenemos que examinar. Al seguir el curso de los cambios de los conceptos con los que las distintas sociedades han tratado de expresarse y al remontarnos desde el concepto de «civilización» a su antepasado, el concepto de *civilité*, venimos a dar directamente sobre la pista del proceso civilizatorio, sobre la pista del cambio real de comportamiento que se ha operado en Occidente. El hecho de que hablar o, incluso, oír que se habla de gran parte de lo que Erasmo trata con tanta naturalidad, produzca en nosotros una sensación de incomodidad es uno de los síntomas del proceso de la civilización. El malestar mayor o menor que producen en nosotros las personas que mencionan o que hablan abiertamente de sus funciones corporales o que ocultan o reprimen menos que nosotros tales funciones es una de las sensaciones dominantes que se expresan en los juicios de «bárbaro» o «incivilizado». Tal es, por lo tanto, el «malestar de la barbarie» o, por decirlo de un modo algo más neutral, el malestar que produce aquella otra constitución emotiva, aquella otra pauta de pudor que aún hoy se encuentra en muchas sociedades a las que llamamos «incivilizadas»; el malestar que produce aquella otra pauta de pudor que precedió a la nuestra y que es su presupuesto. La cuestión que se plantea es averiguar cómo y por qué pasó la sociedad occidental

* Contenga los gases apretando las nalgas.

** Retener un pedo producido por la naturaleza es cosa de necios, que conceden mayor importancia a la educación que a la salud.

*** Cuando hayas de vomitar, apártate, que no esta feo vomitar, pero si forzarse el vómito.

****De la actitud decente o indecente de todo el cuerpo; de las costumbres en el templo; de los banquetes; de las reuniones; del dormitorio.

de una pauta a la otra, es decir, cómo se «civilizó». Al estudiar este proceso civilizatorio no resulta posible evitar el malestar y, a veces, una cierta sensación de repugnancia. Es conveniente ser consciente de ello. Y también es recomendable tratar de excluir del estudio todos aquellos sentimientos de repugnancia y de superioridad, todos los valores y censuras que normalmente se vinculan al concepto de «civilización» o al de «incivilizado». Nuestra forma de comportamiento es una consecuencia de esa otra forma a la que llamamos «incivilizada». Pero los conceptos nos dan un reflejo excesivamente estático y carente de matices de la transformación real. Al hacer la contraposición entre lo «civilizado» y lo «incivilizado», no se trata de presentar una oposición del tipo de la antítesis entre el «bien» y el «mal», sino que, evidentemente, aquí hemos de habérnoslas con las etapas de una evolución y, además, con una evolución que continúa su marcha. Es posible que nuestra etapa de la civilización, nuestros comportamientos despierten en la posterioridad sentimientos de repugnancia similares a los que, a veces, despiertan en nosotros los de aquellos cuya posterioridad somos. Las manifestaciones emotivas y los comportamientos en la sociedad parten de una etapa a la que no cabe considerar como un comienzo, como algo que quepa caracterizar como «incivilizado» en un sentido absoluto y sin matices, en contraposición a nuestra etapa a la que caracterizamos con el término de «civilizada». Para comprender esta etapa nuestra es necesario retroceder en la memoria histórica hasta aquella otra de la que ha surgido la nuestra. La «civilización», a la que solemos considerar como una posesión, que se nos ofrece ya lista, como se nos aparece en principio, sin que tengamos que preguntarnos cómo hemos llegado hasta ella en realidad, es un proceso, o parte de un proceso en el que nos hallamos inmersos nosotros mismos. Todas aquellas particularidades que atribuimos a la civilización, esto es, máquinas, descubrimientos científicos, formas estatales, etc., etc., son testimonios de una cierta estructura de las relaciones humanas, de la sociedad y de un cierto modo de organizar los comportamientos humanos. Lo que queda es preguntarse si la conciencia que reflexiona *a posteriori* puede acceder con alguna precisión al conocimiento de estas transformaciones del comportamiento y del proceso social de la «civilización» de los hombres, al menos para etapas concretas y en sus caracteres más esenciales.